

Vicente Gerbasi le madrugó también a la opresora noche de la dictadura

Hoy, a 90 años de su nacimiento, serán incontables los lectores que invoquen su alma de bardo rebelde. Pocos, en cambio, evocarán al luchador político que también fue. Su hijo, Gonzalo Gerbasi, testimonia esa faceta en dos relatos que le hiciera el poeta

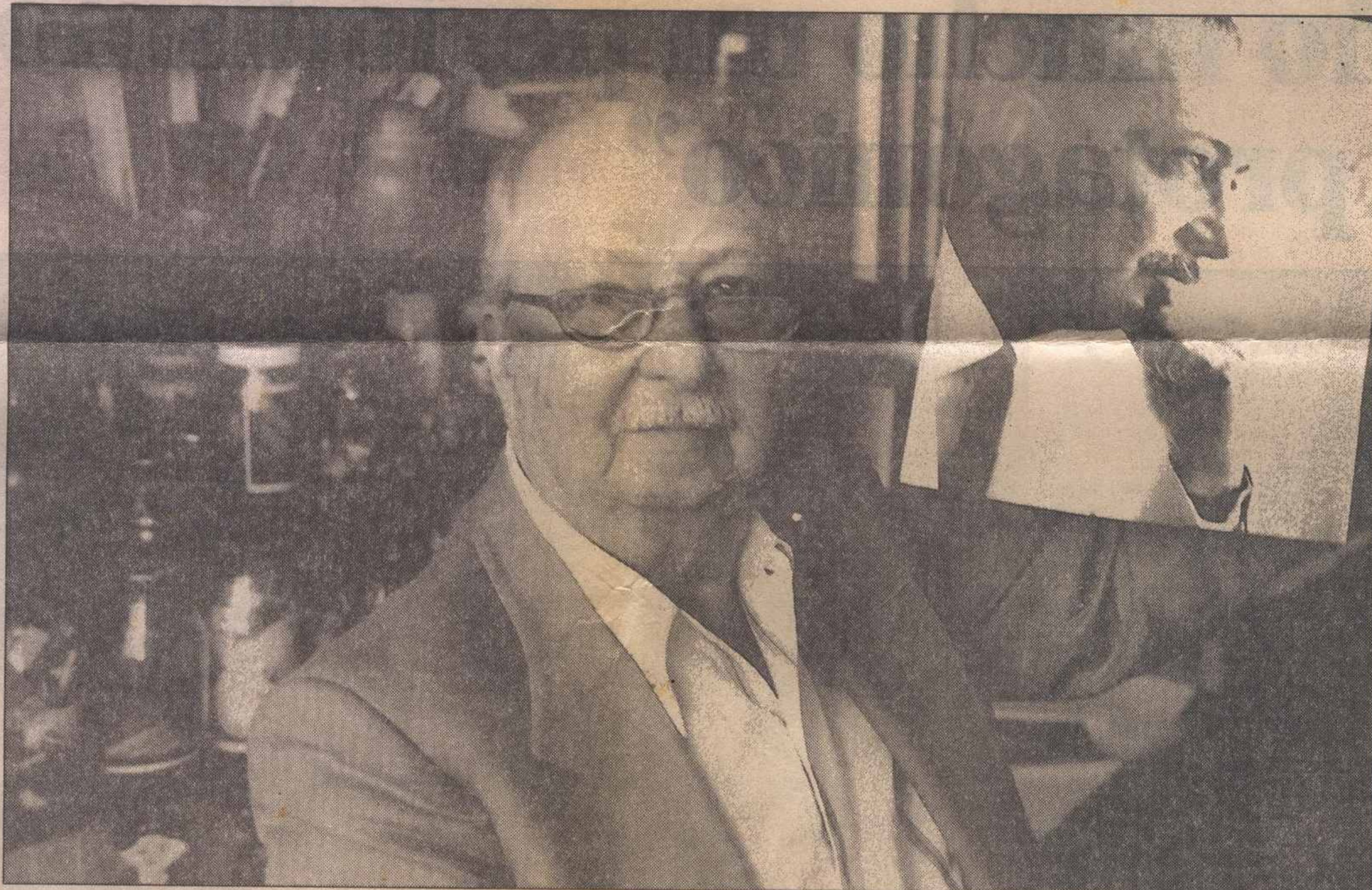
Claudia Furiati Páez

El poeta es un ser en estado de rebelión porque el terror le obliga a ello.
Vicente Gerbasi

Hace 90 años, un viajero llegaba de la noche para quedarse entre los espacios cálidos de tierras carabobeñas. Un 2 de junio, el de 1913, Vicente Gerbasi nacía en aquella aldea "escondida entre el café y el cacao", Canoabo. A manera de homenaje, he aquí extractos de dos historias inéditas que confiara a su hijo menor, Gonzalo Gerbasi, quien tuvo la deferencia de compartirlas con los lectores de *El Nacional*.

La primera de ellas revela sus raíces de idealista al recordar la cruzada de su padre, Juan Bautista –el mismo que inspirara su poema fundamental, *Mi padre, el inmigrante*–, en las montoneras del Mocho Hernández. Sin duda, un hallazgo saber que el recién llegado de la Italia de fin de siglo XIX, pasó de ser joyero a coronel en la filas del sublevado general, impulsado por su vena garibaldina.

El segundo testimonio recoge las palabras que Gerbasi confesó a su hijo Gonzalo en la mañana de la asonada militar del 4 de febrero de 1992, año de su muerte. Entonces el poeta quiso conjurar la crudeza de los violentos eventos que mostraba el televisor, y de lo que ello podría deparar para la Nación, recontando su crónica personal sobre la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez. Una vez más, la metáfora acudió a su llamado, en esa oportunidad para alertar sobre lo que vislumbró como una amenaza al



"¡Chico! Qué cosas con estos militares nuestros. Terminando el siglo XX y todavía se están alzando..."

Foto Enrique Hernández-D' Jesús

régimen de libertades que tanto costó instaurar a su generación.

La toma de Canoabo

La historia de Juan Bautista Gerbasi junto al Mocho Hernández, de acuerdo con el relato de su hijo Vicente, se inicia en el momento en que el general arribó a la plaza Bolívar de Valencia, donde el italiano –"musiú", como le decían los lugareños– tenía una joyería con un socio suizo: "Moser y Gerbasi, como se llamaba el negocio, estaba en una esquina de la plaza. El Mocho Hernández habló desde su cabalgadura, al pie del monolito... Mi padre, que era descendiente de garibaldinos, de gentes de ideas avanzadas, se acercó al Mocho, que estaba muy callado y le dijo: 'General –indudablemente, su

acento era italiano–, me gustó mucho su discurso y estoy de acuerdo con usted". Hernández le preguntó que si quería unirse a su ejército. 'Inmediatamente', contestó él".

Vicente Gerbasi prosiguió narrando la aventura emancipadora de su padre, y recordó que la primera gran misión impartida por el alzado general fue tomar un pueblito ubicado en las montañas, entre Sabana de Aguirre y Urama, pues lo consideró "una fortaleza" a través de la cual podrían luego llegar a la costa. Se trataba de Canoabo.

Según el poeta, "no hubo ni un tiro" durante aquella ocupación. Luego de un tiempo, Juan Bautista fue llamado otra vez al combate, pero las montoneras fueron

finalmente reprimidas. Entonces el inmigrante pendenciero retornó a Canoabo, al que reconoció como su refugio, la casa donde habría de nacer el poeta "con palabras de la Biblia".

Madrugando la patria

Y si bien el padre inmigrante lo apostó todo por dejar atrás la noche de su aldea de viñedos, para estrenar una patria y morir en ella, el hijo hizo lo propio al darle un sentido universal a aquel arraigo con su poesía, y dar también continuidad a la lucha por una Venezuela libre, cuando el tiempo así se lo exigió. Vicente Gerbasi evocó ese momento luego de presenciar aquel "por ahora" del 4 de febrero de 1992: "¡Chico! Qué cosas con estos militares nuestros. Termi-

nando el siglo XX y todavía se están alzando...", diría frente al televisor.

Entonces, a pesar de su precaria salud, se llenó de vitalidad para recontar, como quien quiere garantizar la entrega de su más preciada herencia, su hazaña personal en la resistencia al perezjimenismo: fue preso en la Cárcel Modelo durante los últimos días de la dictadura.

Con otros intelectuales disidentes, entre los que contó a Enrique Velutini, Julio Diez y Arturo Uslar Pietri, convivió varios días de rumores, alzamientos frustrados y la gran huelga general, hasta que llegó la madrugada de aquel 23 de enero. En el calabozo escucharon pasar un avión, señal que, en palabras del poeta, Uslar Pietri descifró de la siguiente manera:

"Ahí va un avión y ese avión no es de reconocimiento. Ese es un avión de pasajeros y se siente como muy cargado, parece que le cuesta subir. Ahí como que va ese hijo de... –Para los que no lo saben, era muy mal hablado entre amigos.

"Vamos a quedarnos callados un rato –dije, y todo el mundo me atendió, porque había una disciplina casi automática.

"En ese momento oímos allá en la cumbre de las colinas de Propatria un grito casi audible que decía: ¡Viva Venezuela libre! ¡Viva Venezuela libre!

"(...) Salí de la cárcel ¡Por fin!... Había una cantidad de automóviles, entusiasmo, alegría. Aquello era la alegría más grande del mundo. Nadie se puede imaginar la animación que había en la cárcel, en las calles, en todas partes. Los retratos de Pérez Jiménez los llevaban boca abajo, el corneteo era inmenso, los gritos de alegría... Había banderas de Venezuela sobre los automóviles. Las muchachas iban sobre las capotas de los carros. Todos tocaban las cornetas. Los que iban a pie gritaban, aplaudían. Yo le hacía señas a los automovilistas a ver si alguno se paraba, hasta que al fin se detuvo uno y me dice:

"¿Porqué me para?

"Ah, porque estoy saliendo de la cárcel. Esta es la Cárcel Modelo.

"¿Como te llamas tú?

"Vicente Gerbasi.

"Sí, sí, a ese yo lo oí mencionar por la radio, era de los que decían que iban a fusilar –dijo otro.

"Ahí me enteré de que por radio habían estado diciendo que me iban a fusilar, a mí y a un grupo de gente, entre ellos Arturo Uslar Pietri, Julio Diez, Miguel Otero Silva y muchos otros. Me preguntaron adónde iba, les indiqué que a los bloques de San Martín, donde vivía... Tú todavía eras un niño. Sin embargo, cuando entré a la casa estabas gritando: ¡Viva Rómulo Betancourt! y ¡Viva Venezuela libre!, y me impresioné porque no me imaginaba que supieras que Rómulo existía, por el terror en el que habíamos vivido durante tanto tiempo. ¡Qué cosa, los hijos! ¿No?...".